



# Memoria

Universidad de Antioquia: protagonista y testigo

## La cultura y el arte dan vida a la Universidad de Antioquia

Por Carlos Arturo Fernández Uribe

Episodios de la relación de la Universidad con el arte y la cultura

El propósito de estas líneas no es hacer una historia exhaustiva de la presencia del arte en la vida de la Universidad de Antioquia ni discutir la manera como la institución enfrenta sus vínculos con los procesos culturales en los que se encuentra inmersa. Esos objetivos desbordarían los límites de esta reflexión y, al menos en cierto sentido, son propósitos que están presentes en la vida universitaria de cada día.

En medio de esa riqueza, histórica y cotidiana, se quiere ensayar aquí una serie de pequeños apuntes que, a partir del reconocimiento que la Universidad hace de los valores culturales y artísticos, se vuelven hacia el pasado, para poner de relieve las implicaciones de la relación entre cultura, arte y universidad, e indicar algunos de los momentos fundacionales más importantes. Por ese camino se pretende regresar al presente para encontrar una universidad que, a sus doscientos diez años, celebra su renovada juventud con un derroche de creaciones culturales y de vida artística.

### **Cultura y arte en la normativa universitaria**

En la Universidad de Antioquia, los asuntos relacionados con la reflexión acerca de los problemas culturales y artísticos, y con el desarrollo de las diversas actividades creativas, no se entienden como realidades adicionales, complementarias a la vida universitaria. Por el contrario, cultura y arte son dimensiones esenciales

sin las cuales no podría existir la Alma Máter. Desde el planteamiento de la misión con la cual abre su “Estatuto general”, la Universidad de Antioquia se afirma como “patrimonio científico, cultural e histórico de la comunidad antioqueña y nacional [...], abierta a todas las corrientes del pensamiento [y] centro de creación, preservación, transmisión y difusión del conocimiento y de la cultura” (Consejo Superior Universidad de Antioquia, 1994: “Misión”). Lo ratifica al definir su objeto como “la búsqueda, desarrollo y difusión del conocimiento en los campos de las humanidades, la ciencia, las artes, la filosofía, la técnica y la tecnología, mediante las actividades de investigación, de docencia y de extensión [...]” (Consejo Superior Universidad de Antioquia, 1994: artículo 3). Y como si fuera poco, al presentar los principios generales que la rigen, se compromete a su promoción y despliegue en la vida universitaria:

La Institución promueve la creación, el desarrollo y la adaptación del conocimiento en beneficio del crecimiento humano y científico; la reafirmación de los valores de la nacionalidad, en su diversidad étnica y cultural; el respeto a las diferentes ideologías; la expansión de las áreas de creación y disfrute de la cultura; la protección y el aprovechamiento nacional de los recursos naturales, en el horizonte de la ecoética (Consejo Superior Universidad de Antioquia, 1994: artículo 4).

El “Plan de desarrollo institucional 2006-2016”, titulado “Una universidad investigadora, innovadora y

humanista al servicio de las regiones y del país” (Universidad de Antioquia, Rectoría, Oficina de Planeación, 2006), concibe como uno de sus propósitos básicos la innovación y la creación culturales, propósito que recibe una atención particular y se profundiza en el “Plan de cultura 2006-2016” que, desde su mismo título, proclama que la cultura es el fundamento de una Universidad pertinente (Vicerrectoría de Extensión, Red de Cultura Universidad de Antioquia, División de Extensión Cultural, 2007).

La de la Universidad de Antioquia es, por supuesto, una perspectiva que desde hace mucho ha superado la idea tradicional que reducía la cultura a los límites de las artes. Asimismo, tampoco desconoce ni oculta las trascendencia de estas, sino que se inscribe en el marco conceptual completo creado por la Unesco en la “Declaración de México sobre las políticas culturales”, de 1982. De esta “Declaración” surge la que es, seguramente, la mejor aproximación actual al planteamiento de lo cultural:

[...] en su sentido más amplio, la cultura puede considerarse actualmente como el conjunto de los rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos que caracterizan a una sociedad o un grupo social. Ella engloba, además de las artes y las letras, los modos de vida, los derechos fundamentales al ser humano, los sistemas de valores, las tradiciones y las creencias [...] la cultura da al hombre la capacidad de reflexionar sobre sí mismo. Es ella la que hace de nosotros seres específicamente humanos, racionales, críticos y éticamente comprometidos. A través de ella discernimos los valores y efectuamos opciones. A través de ella el hombre se expresa, toma conciencia de sí mismo, se reconoce como un proyecto inacabado, pone en cuestión sus propias realizaciones, busca incansablemente nuevas significaciones, y crea obras que lo trascienden (Unesco, 1982).

Por eso, cuando en 1997 el Consejo Superior establece el “Estatuto Básico de Extensión”, afirma que “En la cultura se integran las artes, las letras, las ciencias, las tecnologías, las prácticas cotidianas, las formas institucionales, y las prácticas simbólicas e imaginarias” (Consejo Superior Universidad de Antioquia, 1997: artículo 2). Reconoce igualmente que, en el seno de la Universidad, las actividades culturales, artísticas y deportivas contribuyen a afirmar la identidad sociocultural, a la formación integral y al crecimiento personal



de los universitarios, “mediante la sensibilización frente a las diversas manifestaciones del arte y de la cultura” (artículo 20). Con toda razón, pues, la Universidad puede afirmar, como lo hace a través del Departamento de Extensión Cultural, que en ella se impulsa la libre expresión y articulación de todas las manifestaciones culturales; se promueve la apropiación social del patrimonio; se vela por el estímulo a la creación; se ofrecen a la sociedad, y en primer lugar a la comunidad universitaria, alternativas para la formación del gusto estético y para el reconocimiento de valores que fortalecen la interculturalidad; se reconstruye el significado de las tradiciones y se trabaja por la apropiación de saberes que le dan sentido a su existencia (Departamento de Extensión Cultural Universidad de Antioquia, s. f.).

## **Universidad, arte y academia**

Pero una acogida tan amplia de los problemas de las variadas manifestaciones de la cultura y del arte no acompañaba históricamente a las instituciones universitarias, que casi siempre enfrentaban estos asuntos desde los puntos de vista de la filosofía o del derecho.

En efecto, solo en la segunda mitad del siglo xix comienzan, primero en países europeos, los procesos que llevan a la aparición de cátedras universitarias de sociología, antropología e historia del arte; y habrá que esperar hasta muy avanzado el siglo xx para que las universidades, especialmente en el ámbito estadounidense, empiecen a plantearse la posibilidad de que existan carreras artísticas, hasta entonces confiadas a las academias<sup>1</sup> Las consecuencias de esta dicotomía entre universidad y academia de arte resultan obvias: durante siglos, los artistas se inclinaron hacia un predominio de lo técnico, al tiempo que la reflexión universitaria no prestaba suficiente atención a los potenciales alcances culturales de las artes. Pero el problema es casi tan antiguo como el desarrollo de la cultura occidental, porque hunde sus raíces en la valoración que la filosofía griega hace del arte.

Como es sabido, los griegos utilizan la palabra *tekné* para referirse al ámbito de problemas que luego los romanos identificarán como arte (*ars, artis*). En la etimología de ambas tradiciones predomina la idea de que se trata de una habilidad para hacer algo; y todavía los grandes maestros del Renacimiento serán identificados como artífices, en una línea que mantiene la idea clásica de que al hablar de arte, aludimos a unas destrezas y habilidades, especialmente manuales, que algunas personas desarrollan por la aplicación de reglas y técnicas que se transmiten de maestro a discípulo.

Y, más grave todavía, durante más de dos mil años las artes debieron cargar con las consecuencias del juicio negativo de Platón, para quien las artes imitativas, que crean imágenes, se apartan radicalmente de toda posible consideración de la verdad, porque no se dirigen al mundo de las ideas, sino que se dedican a jugar con la imitación de las apariencias sensibles: en lugar de enfrentar las ideas eternas que constituyen la esencia de lo real, el artista más hábil en su reproducción no hace más que copiar lo exterior que, de hecho, es solo una exterioridad intrascendente (Tatarkiewicz, 1987: 132). Como consecuencia de ello, se establece una ruptura entre pensamiento y arte, porque resulta evidente que a través de este no es factible desarrollar un análisis y una comprensión de lo real, y que no existe en él ninguna posibilidad cognoscitiva.

Por eso las artes no encuentran espacio de enseñanza y aprendizaje en la universidad, cuando esta institución aparece en el mundo medieval, sino que permanecen recluidas en el taller. Este es una especie de pequeña fábrica manejada por el maestro, que al mismo tiempo es el dueño, y quien, bajo las normas superiores del respectivo gremio, tiene bajo su mando un grupo más o menos amplio de jóvenes aprendices

---

<sup>1</sup> Por razón de mi especialidad, me referiré a continuación sobre todo a las relaciones entre el arte y la institución universitaria, sin atreverme a incursionar en terrenos propios de otras disciplinas.



que literalmente viven en el taller, y que de manera paulatina, y sobre todo por imitación, van logrando el desarrollo de las propias destrezas. Como es evidente, este sistema de formación refuerza la idea de que el arte es un problema técnico de tipo artesanal. Además, como los talleres están controlados por los gremios que organizan la vida económica de las ciudades medievales y renacentistas, el sistema casi siempre desestimula la iniciativa individual y la búsqueda de nuevos puntos de vista porque, en general, el público prefiere la seguridad de la calidad conocida que el riesgo de los nuevos caminos.

El sistema se mantiene hasta finales del siglo xvi, cuando la organización de los gremios entra en una crisis de proporciones catastróficas, producida por los traumatismos religiosos, sociales y económicos de la época. Poco a poco, la educación artística pasa del taller a la academia que, de todas maneras, se mantiene rígidamente separada del mundo de la universidad. Lo que a lo largo de los siglos siguientes se consolida en todo Occidente, en el terreno de la formación para el arte, son estas estructuras, paralelas a las universidades, que son miradas desde estas como un mundo extraño y, quizá, con una ya tradicional desconfianza.

En general, en América Latina, el desarrollo de las academias de arte fue bastante lento con referencia al campo europeo. Así, solo a finales del siglo xviii se funda la Academia de San Carlos, en México, y luego, a comienzos del siglo xix, la de San Alejandro, en La Habana. En Colombia, es necesario avanzar hasta 1886 cuando, al amparo de la Regeneración de Rafael Núñez y con los mismos objetivos de todo su proyecto político, se inaugura en Bogotá la Escuela Nacional de Bellas Artes, bajo la dirección de Alberto Urdaneta. Y en el caso de Medellín es necesario esperar todavía más, hasta 1910 cuando, al calor de las celebraciones del centenario de la independencia nacional, por iniciativa de Francisco Antonio Cano se funda el Instituto de Bellas Artes, con el apoyo de la Sociedad de Mejoras Públicas.

### **La Escuela de Artes y Oficios**

Solo con la fundación del Instituto de Bellas Artes se inicia, de manera formal, la educación académica de los artistas en Antioquia, con la enseñanza sistemática de dibujo, perspectiva, trabajo con modelo y teoría del color (Londoño, 1995: 155). Sin embargo, es necesario señalar que cuarenta años antes, en 1870, vinculada con el entonces Colegio del Estado Soberano de Antioquia, se establece la Escuela de Artes y Oficios (pp. 103-109), que en este sentido se convierte en la primera incursión formal de la Universidad de Antioquia en el terreno de la formación en el campo artístico.

La creación de la Escuela no es un hecho aislado, sino que se inscribe dentro del propósito de progreso impulsado por Pedro Justo Berrío, y coincide con la fundación, en la misma época, de escuelas similares en muchos lugares del mundo, las cuales marcan derroteros muy significativos para las artes.

En efecto, como consecuencia del alcance devastador que, especialmente en Inglaterra, tiene la Revolución industrial sobre las condiciones de vida y de trabajo de la clase obrera, a mediados del siglo xix aparece el movimiento de Arts and Crafts (Artes y Oficios) que, a partir de la reivindicación de la artesanía, busca renovar la producción industrial, transformar los procesos educativos de las academias y, aunque ello no pasara de ser en ese momento una idea utópica, lograr un arte del pueblo y para el pueblo. A partir de ese impulso inglés, y sobre todo en la década de los setenta del siglo xix (es decir, en el mismo momento que la de Antioquia), se crean numerosas escuelas de artes y oficios basadas en la idea de que cualquier impulso a las artes pasa a través de la reforma de las escuelas, de las academias y de las políticas educativas.

Estas instituciones que, como su nombre lo indica, están dedicadas a la enseñanza de las artes aplicadas y de los oficios artesanales, eran en cierto sentido coherentes con aquella formación tradicional que se impartía

siglos antes en los talleres gremiales (son habituales en todas ellas los talleres de herrería, carpintería, cantería, tipografía, fotografía, alfarería, etc.). Además, conviene tener presente que de aquí surgen, en el siglo xx, las más significativas escuelas de formación artística. Es el caso, por ejemplo, de la Bauhaus en Alemania, establecida a partir de la reestructuración y fusión de las Escuelas de Bellas Artes y de Artes y Oficios del Gran Ducado de Sajonia. La Bauhaus (1919-1933), quizá la más trascendental escuela de artes del siglo xx, conservó siempre la estructura de estos talleres y afirmó la identificación entre el trabajo artesanal y el trabajo artístico.

En Antioquia, la Escuela de Artes y Oficios, a la vez que quiere mejorar las antiguas técnicas artesanales, intenta responder a las necesidades que genera la progresiva industrialización, especialmente la vinculada con la minería mecanizada. Y también existe el propósito de que los estudiantes se capaciten en la construcción y la decoración de edificios, en lo que pueden leerse algunas de las necesidades que enfrenta la ciudad en desarrollo y, sobre todo, la clase industrial que la lidera.

A la Escuela se vincularon desde el comienzo, en calidad de profesores, algunas de las figuras más destacadas de la región, como Enrique Haeusler, alemán asentado en la ciudad, además de un grupo de profesores extranjeros, como Eugene Lutz y los hermanos Roberto y Juan Enrique White, que trajeron a la ciudad un cierto aire cosmopolita y, a lo largo de la vida de la institución, estimularon la formación de un grupo considerable de artesanos, técnicos y artistas muy cultos.

El “Decreto Orgánico de la Escuela de Artes y Oficios del Estado Soberano de Antioquia”, emitido en diciembre de 1873 (Antioquia, Dirección General de Instrucción Pública, 1874), plantea desde su primer artículo la relación con la Universidad (que ese mismo año había dejado de llamarse Colegio del Estado) y define los objetivos de la institución que, en realidad, son los mismos que impulsaban sus antecesores ingleses veinte años antes: “La Escuela de Artes y Oficios hace parte de la Universidad del Estado, y tiene por objeto formar artesanos instruidos en los conocimientos teóricos y científicos de los oficios y artes, y que por su laboriosidad, honradez y saber contribuyan al adelanto de la industria y a la mejora de las clases obreras del Estado” (artículo 1).

En los doscientos diez años de vida de la Universidad de Antioquia recordamos pues, también, los ciento cincuenta de esta primera institucionalización de sus vínculos con la formación en artes y oficios.

Es difícil determinar de manera precisa el impacto de la Escuela en la producción artística de las décadas siguientes. Sin embargo, sus enseñanzas se inscriben en el intento de cambiar las estructuras mentales heredadas de la época colonial; en su lugar, empieza a creerse que la perspectiva, el dibujo y el color posibilitan entender la realidad de manera científica, justamente en la dirección que desde el Renacimiento siguen los alcances modernos del arte. En palabras de Londoño Vélez,

Aunque en la Escuela de Artes y Oficios no se formaron en sentido estricto maestros de las bellas artes, sino más bien artesanos, las materias impartidas, los libros, materiales y profesores que llegaron del exterior, irradiaron una nueva mentalidad respecto a la representación de la realidad. Sin romper el estadio artesanal, la escuela introdujo en la sociedad los fundamentos técnicos necesarios que desde el renacimiento se habían desarrollado para representar la realidad; e intentó consolidar también la idea de que el arte y la ciencia son formas de conocimiento que se alimentan mutuamente (Londoño, 1995: 107).



De todas maneras, dadas las referidas orientaciones que todavía en el siglo xx mantenían instituciones como la Bauhaus, no parece que valga la pena insistir en el carácter “artesanal” de la Escuela de Artes y Oficios como si se tratara de una debilidad, sino que parece mejor reivindicar el potencial creativo que se deriva de este tipo de formación, manifestado en el florecimiento de actividades artísticas que, como nunca antes, se presenta en Antioquia en las décadas finales del siglo xix y de principios del xx, sin olvidar el impacto que los egresados de la Escuela tienen en el desarrollo de la naciente industria antioqueña (Villegas, 1998: 131).

Quizá no haya salido ningún gran artista de la Escuela de Artes y Oficios; pero allí se genera una comunicación entre arte y sociedad, que se ubica ya en la línea de la creación cultural que define la vocación de la Universidad y que, como ocurre todavía en el contexto actual, encuentra su mejor expresión en el fortalecimiento de los vínculos entre Universidad, arte, sociedad y cultura:

Que estos artesanos artistas, fotógrafos, pintores, grabadores, ebanistas, escultores, sastres, carpinteros, maestros de obra o artesanos a secas, hubiesen alcanzado unas personalidades descollantes bien definidas, lo expresa el hecho de que la literatura que recreaba por primera vez a Medellín como fenómeno urbano, por ejemplo, Frutos de mi tierra y Hace tiempos, de Tomás Carrasquilla, mencionara con nombre propio a los pintores o sastres cuyo dominio técnico enorgullecía a la ciudad (Mayor, 1996: tomo 1, 239).

### **La formación de la Facultad de Artes**

Vista desde el presente, la creación de la Facultad de Artes en 1980, por parte del Consejo Superior Universitario, es la confirmación formal de un propósito que conecta la llegada oficial de la formación artística a la Universidad en la década de los sesenta del siglo xx, con su consolidación actual como uno de los centros más acreditados del país en este campo. Porque, en efecto, se trata de una larga historia que vale considerar para comprender el proceso gigantesco que se ha desarrollado al interior de la Universidad de Antioquia, dirigido a crear un medio en el cual dialogan constructivamente “las humanidades, la ciencia, las artes, la filosofía, la técnica y la tecnología, mediante las actividades de investigación, de docencia y de extensión” (Consejo Superior Universidad de Antioquia, 1994: artículo 3).

Aunque ninguno de estos procesos habría sido posible sin las iniciativas de carácter privado para impulsar la educación artística, que aparecen con mucha frecuencia desde la primera mitad del siglo xix, conviene limitarse a los proyectos y programas de carácter oficial, los cuales, en realidad, se circunscriben a la segunda mitad del siglo xx.

En ese orden de ideas, se debe tener en cuenta que la Facultad de Artes no fue creada a partir de la nada en 1980, sino que recogió dependencias que ya existían en la Universidad; y, en términos generales, tampoco estas habían nacido dentro de la institución, sino que, creadas como entidades independientes, fueron posteriormente adscritas a la Alma Máter. En la actualidad, cuando todos los desarrollos institucionales se estructuran a partir de proyectos internos en los cuales se recoge y transforma la experiencia de la comunidad académica universitaria, quizá resulta difícil comprender el tipo de procesos que se siguieron para la vinculación de la formación artística con la Universidad y, más todavía, percibir los problemas, las limitaciones y las potencialidades que necesariamente implicaban estas anexiones.

La primera institución de carácter público dedicada a la enseñanza de las Artes Plásticas en Antioquia fue la Casa de la Cultura, adscrita a la Secretaría de Educación Departamental<sup>2</sup>. Creada por decreto en 1953, es

---

2 Para los detalles de esta historia, véase Aguirre (2013: 28-66).



el antecedente directo del actual Departamento de Artes Visuales, y por ello, aunque haya pasado inadvertido, debería estar celebrando en este 2013 sus sesenta años de existencia. Por supuesto, tampoco en ese caso se trata de una creación espontánea, sino que es el resultado de una larga lucha, liderada sobre todo por el pintor Rafael Sáenz. Ante la crisis que atraviesa el Instituto de Bellas Artes, que en la primera mitad del siglo había sido la única institución de formación artística de la región, vinculada en ese caso con el sector privado a través de la Sociedad de Mejoras Públicas, Sáenz proclama insistentemente que el Estado tiene la obligación de comprometerse con la enseñanza de las artes. La Casa de la Cultura gozará en los años siguientes de un notable auge, con un grupo de profesores más abundante y permanente que el Instituto de Bellas Artes, y con una proyección muy amplia hacia públicos de todas las edades y clase sociales, favorecida por el carácter gratuito de la formación que allí se imparte.

Resultaba entonces natural que fuera a partir de la Casa de la Cultura que se pensara en una reestructuración más amplia de la enseñanza artística. Esa tarea será emprendida en 1956 por el entonces secretario de Educación Departamental, Leonel Estrada Jaramillo, quien, con la asesoría del crítico uruguayo Aristides Meneghetti, plantea el “Plan Orgánico para las Bellas Artes en Antioquia”. El proyecto, que abarcaba desde la formación elemental hasta lo que en la actualidad sería un nivel de posgrado, no se limitaba al campo de las artes plásticas, sino que contemplaba también la música, el teatro, la danza y la divulgación cultural, organizadas en institutos: Artes Plásticas y Aplicadas, Artes Literarias y Escénicas, Conservatorio de Música, además de los institutos municipales y vecinales de cultura que permearían estos procesos a todas las regiones. Entre las muchas personas que apoyaban el “Plan Orgánico” se encontraba el entonces rector de la Universidad de Antioquia, Samuel Barrientos Restrepo; sin embargo, todo el proyecto fue duramente atacado por la Sociedad de Mejoras Públicas y el Instituto de Bellas Artes que veía peligrar su hegemonía en este terreno.

Es importante notar que, al calor de los debates que en este momento se generan acerca de la educación artística en Antioquia, el 18 de octubre de 1956 el periódico El Colombiano editorializa sobre la conveniencia de crear una facultad de artes en la Universidad de Antioquia. Luz Análida Aguirre hace notar que desde entonces se percibían los alcances que un tal proyecto debería tener, los cuales, en definitiva, son prácticamente los mismos que, expresados de otra manera, dieron pie a la creación de la Facultad casi un cuarto de siglo más tarde. Decía el periódico en ese remoto 1956:

La Universidad de Antioquia debería pensar, siendo como es centro de cultura de innegable importancia en el país, en la creación de una Facultad o Departamento de Bellas Artes bajo su control y dependencia. Con ello contribuiría indudablemente al fomento de esta actividad tan necesaria en nuestro medio y recogería las aspiraciones de muchos de nuestros artistas que requieren de un estímulo mayor para adelantar una obra de verdadera resonancia. Y no es porque no haya entre nosotros manifestaciones artísticas de significación. No es esto. Sino que es preciso un esfuerzo más armónico para que no se dispersen las inteligencias y capacidades y para que las vocaciones sean más abundantes en este campo de las Bellas Artes (“Por las Bellas Artes” (editorial), El Colombiano, Medellín, 18 de octubre de 1956, p. 3, citado por Aguirre, 2013: 40).

El “Plan Orgánico” no pudo ser llevado a la práctica de manera general, a pesar de haber sido legalmente decretado a comienzos de 1957, por la falta de consensos en el mismo sector artístico al que se dirigía, lo que se hizo todavía más notable tras la caída de la dictadura el 10 de mayo de ese año. En consecuencia, a mediados de 1957, el Gobierno departamental decidió aplicarlo en la Casa de la Cultura, la única entidad oficial del sector, dejando de lado las discusiones con el Instituto de Bellas Artes; pero al mismo tiempo, le retiró los apoyos financieros a esta institución, lo que llevó al cierre de sus programas de artes plásticas.



La Casa de la Cultura, en cambio, fue reestructurada y recibió el título de Instituto de Artes Plásticas y Aplicadas, al que más adelante se agregaba a veces el nombre de Francisco Antonio Cano (Aguirre, 2013: 53). Pese a su denominación, incluía también un área de música folclórica. A partir de ese momento, el Instituto se mantuvo como entidad oficial autónoma que, a pesar de la precariedad de espacios y de la pobreza de recursos que recibía, se convirtió en el centro más importante para la enseñanza de las artes plásticas, dentro de una línea de trabajo en la cual, como es comprensible, siguió predominando el trabajo técnico. En realidad, funcionaba con el antiguo esquema de las academias de arte e impartía una formación que no exigía títulos académicos anteriores ni conducía a ellos; allí, por tanto, se mantuvo encapsulado un acervo más artesanal que artístico, que se remitía a tradiciones cercanas a las viejas escuelas de artes y oficios. Ya en 1964, la Asamblea Departamental ordena anexarlo a la Universidad de Antioquia, donde se establece al final en 1965.

Las fechas no son casuales: en esos años turbulentos, la Universidad vive una profunda modernización que, junto a la aparición de nuevas estructuras académicas, como el Instituto de Estudios Generales y muchos de los programas que aún hoy se desarrollan, logra llevar a feliz término la construcción de la Ciudad Universitaria: “En suma, el gran ‘salto hacia adelante’ se había realizado en poco más de cinco años [1963-1968], período durante el cual la Universidad de Antioquia se transformó de una institución tradicional y elitista en una universidad moderna y de masas, con todos los problemas y potencialidades de esta nueva situación; el traslado a la Ciudad Universitaria en 1968 haría el resto” (Uribe, 1998: 496).

Y dentro de las condiciones de los organismos internacionales que financian la construcción de la obra, se contempla que la nueva sede de la Universidad debe albergar los espacios destinados a la educación artística. Por eso, quizá podría afirmarse que las artes plásticas llegaron a la Universidad más por conveniencia que por convicción y, además, que llegaron mal preparadas para el reto que iban a enfrentar.

La incorporación de los estudios en Música a la Universidad de Antioquia fue anterior a la de las Artes Plásticas y respondió a un proceso más directo. También en este campo había precedentes privados desde el siglo xix y era este el campo más sólido en el Instituto de Bellas Artes. En 1959, quizá todavía bajo el impulso de las discusiones acerca de la educación pública en el terreno de las artes planteadas alrededor del “Plan Orgánico para las Bellas Artes en Antioquia”, la Asamblea Departamental crea el Conservatorio de Música, que es incorporado de manera oficial a la Universidad a comienzos de 1960, bajo la dirección de Rodolfo Pérez González.

Contando con un grupo de excelentes músicos y docentes, se inicia entonces uno de los períodos más brillantes de la formación musical en Colombia, caracterizado por una alta exigencia en la formación y un interés permanente por la renovación de los métodos de enseñanza. A lo largo de los años siguientes, el Conservatorio desarrolló una intensa labor cultural en beneficio de toda la ciudad, que se concretó sobre todo en siete festivales internacionales de música, la participación en los festivales de ópera y constantes recitales y conciertos<sup>3</sup>. Más adelante, en 1972, el Conservatorio se enriquece con la actividad del profesor Mario Yepes, quien ingresa como director de teatro, y se transforma en Escuela de Música y Artes Representativas.

Junto con el Conservatorio, ingresa a la Universidad la Banda Sinfónica, que también es resultado de un largo proceso que se remonta a los años de la Independencia. Sin embargo, de forma más regular, se

---

<sup>3</sup> Véase Yepes (1998: 716-718).



presenta en la ciudad desde 1892, contando con directores tan destacados como Rafael d'Alemán y Gonzalo Vidal.

Suprimida en 1952, reaparece dos años después como Banda de la Policía Departamental, que se muestra por primera vez el 23 de abril de 1955 en la celebración del centenario de Marco Fidel Suárez. Desde entonces ha funcionado de manera ininterrumpida. Desde 1960 recibe el nombre de Banda Sinfónica de la Universidad de Antioquia, un título que se ha ganado en el alma de la institución, con su constante presencia en el campus universitario a lo largo de los años. Es claro que, para muchas personas, la Banda constituye una de las manifestaciones más claras de ese espacio cultural abierto a todos, que es uno de los ideales de la Alma Máter.

Sin embargo, bien puede decirse que esta paulatina llegada de la educación artística a la Universidad apenas significaba el comienzo de un largo proceso. Hasta 1970, los estudios de artes fueron de carácter no universitario; solo entonces empiezan a aparecer las carreras de pregrado, lo que, al mismo tiempo, genera graves inconvenientes, al tratar de acomodar la formación artística a los esquemas formales de los demás programas de la institución. Fue lo que ocurrió, en concreto, con el tema de los procesos de ingreso, lo que llevó a la desaparición temporal de los programas infantiles que, al menos en el campo musical, parecían entonces indispensables. Y, como ya se indicó, dentro de ese proceso se crea la Facultad de Artes en 1980, y en ella se reúne toda la enseñanza de estas áreas en la Universidad de Antioquia.

Pero bien podría decirse que aquel año de 1980 no fue más que un paso en un camino que todavía continúa. Porque la referencia a estos episodios del comienzo de la educación artística en la Universidad de Antioquia, más que ser un conjunto de extrañas anécdotas, deja claro que este ha sido un proceso en el que tanto la Universidad como las artes han tenido que ponerse frente a frente, tratando de entenderse y valorarse. Y no ha sido fácil. Durante muchos años, la relación mantuvo los tradicionales niveles de desconfianza que separaron ambos campos a lo largo de la historia. Las artes insistieron con demasiada frecuencia en sus diferencias frente al resto de las disciplinas académicas por la peculiaridad de su trabajo, mientras que la Universidad pensó muchas veces que quizá se había equivocado al integrar en su seno unas áreas que parecían no querer adecuarse al rigor de la excelencia ni poder avanzar en procesos de investigación y formación avanzada.

Sin embargo, a pesar del escepticismo y de las dudas, este encuentro de las artes con la comunidad universitaria, que tantas veces pareció ser un diálogo de sordos, se convirtió en una relación intensa que en la actualidad nos enriquece a todos. Así, ha venido a demostrarse que este es un proyecto exitoso y logrado, cuyas potencialidades quizá todavía no han sido plenamente exploradas. Por un lado, las artes se descubrieron universitarias y universales, profundamente tocadas por todos los saberes, respetadas en su especificidad, pero con la exigencia de avanzar a marchas forzadas hacia el horizonte de la excelencia académica, sabiéndose parte de un proyecto cultural y social que las supera y que, al mismo tiempo, las justifica. Por otro lado, la Universidad avanzó en el reconocimiento de nuevas dimensiones de humanidad y de sentido, atesorando inesperadas dimensiones de creatividad y descubriendo las posibilidades de cooperación que las artes pueden ofrecer en todos los terrenos del conocimiento, hasta llegar a revolucionar la visión de la cultura, que es el fundamento básico de la institución universitaria.

Por eso, la Alma Máter comprende ahora que el arte y la cultura son realidades esenciales, sin las cuales ella misma no podría vivir.



## El arte en la Ciudad Universitaria

Cualquier persona que ingrese en una sede de la Universidad de Antioquia, interesada en participar de la vida universitaria, se ve convidada por una enorme cantidad de propuestas en el área cultural.

Por supuesto, nada de todo esto surge de manera espontánea, sino que es el producto del trabajo constante de gran cantidad de universitarios. Estudiantes, empleados, profesores, trabajadores, administradores, egresados, jubilados: todos los estamentos contribuyen al desarrollo de la intensa vida cultural de la Alma Máter, liderados por instancias como la Vicerrectoría de Extensión, el Departamento de Extensión Cultural, el Museo Universitario, el Sistema de Bibliotecas, la Facultad de Artes, la Editorial Universidad de Antioquia, la Emisora Cultural con su extraordinario ámbito de cobertura, Bienestar Universitario, y un etcétera muy largo y muy amplio, muchas veces en alianza con entidades externas, privadas o públicas, como ocurre ahora en el nuevo Parque de la Vida, en el Área de la Salud.

Pero, aun corriendo el riesgo de privilegiar las manifestaciones artísticas, quisiera plantear que el recorrido por los campus universitarios se ve enriquecido por un despliegue de obras de distintas épocas, autores y tradiciones, que paulatinamente han ido convirtiendo a la Universidad de Antioquia en una especie de museo abierto.

Aunque ya por sí misma la Ciudad Universitaria es una de las más notables obras de la arquitectura colombiana de la segunda mitad del siglo xx, en su misma construcción pareció conveniente agregar una serie de obras de arte que ya desde entonces se cargaron de sentido para la institución. Aparecen así el Cristo cayendo (Bloque Administrativo) y El hombre creador de la energía (Plazoleta Central), de Rodrigo Arenas Betancourt, y el mural de la Biblioteca Central, de Pedro Nel Gómez, casi siempre conocido como El hombre ante los descubrimientos de la física, pero que el mismo artista llamó La lucha de la vida y la muerte. Y tampoco podría olvidarse que, en mayo de 1968, exactamente en el mismo momento en el cual Pedro Nel Gómez pintaba su obra al fresco, en la Ciudad Universitaria, todavía en construcción, se inauguraba la Primera Bienal de Coltejer; y en 1970, la Segunda Bienal se presentará en el edificio del Museo Universitario. Estos eventos, que fueron las mayores muestras de arte contemporáneo realizadas hasta ese momento en el país, continúan siendo referencias culturales definitivas para quienes entonces pudieron aproximarse a las nuevas manifestaciones artísticas. Por eso, en el imaginario de las jóvenes generaciones de esa época, la Universidad quedará estrechamente vinculada con el arte contemporáneo.

En las décadas finales del siglo xx, la Ciudad Universitaria se enriqueció con algunos bustos celebrativos y, de manera especial, con las obras del escultor Alonso Ríos, profesor de la Facultad de Artes, impulsadas por distintas dependencias: el busto de Porfirio Barba Jacob (entre el Teatro y el bloque 22), el del asesinato profesor Luis Fernando Vélez (Plazoleta Central), El sembrador de estrellas (Facultad de Ingeniería) y El maestro forjador de futuro (Facultad de Educación); con las tres últimas se inició una fructífera relación entre la Facultad de Artes y el Departamento de Metalurgia de la Facultad de Ingeniería, que continúa hasta ahora en los planos de la docencia, la investigación y la producción.

Frente al panorama anterior, los últimos quince años han presenciado la instalación casi continua de obras de los más grandes artistas colombianos en las distintas sedes de la Universidad y no solo en Medellín, donde, sin embargo, se concentra el mayor número de ellas. Solo hacer la lista de todas y aproximarse a sus valores supera los límites de este escrito: ¿cómo no mencionar la Epopeya del café, de Horacio Longas, o el Aerolito, de Eduardo Ramírez Villamizar (además de la extraordinaria serie de obras donadas a la Universidad por la familia del artista, quien utilizó los espacios de la Ciudad Universitaria para una



impresionante retrospectiva en 2002), o la Puerta, de Carlos Rojas? ¿Y cómo olvidar las demás? Por fortuna, ya Luis Germán Sierra las mencionó todas en las páginas de Alma Máter (2013: 26-27), en un texto que afirma el profundo sentido cultural y humano de la experiencia estética que hacen posible todas estas obras. Y el texto de Sierra, además, informó a la comunidad acerca de una de las mejores noticias que podía esperar la Universidad en sus doscientos diez años: “Una excelente noticia para la comunidad universitaria y para la ciudad es que en este 2013, cuando la Universidad cumple 210 años, tendremos en el campus las es- culturas Puente. Homenaje a Paul Foster de Edgar Negret, Oriente de Hugo Zapata, Arcus de Ronny Vayda, Chelista de Leonel Estrada, y un mural de Maripaz Jaramillo” (2013: 27). El proceso ha llegado a ser tan rico, que el informe no incluía todavía los murales de Fanny Sanín y de Iván Hurtado en el nuevo coliseo de la Ciudad Universitaria.

De nuevo, se debe afirmar que este es el resultado del trabajo constante de una serie de “quijotes” que han dedicado su vida al engrandecimiento de la Alma Máter y que, por elementales razones de respeto, tampoco se mencionan aquí.

En síntesis, si a lo largo de los siglos xix y xx el paso breve o prolongado por la Universidad de Antioquia debió ser una experiencia intelectual, conceptual, política, cultural y humana inolvidable, a todos esos valores se suma hoy el de la experiencia estética, en uno de los espacios patrimoniales más importantes de la región y del país.

## **A modo de conclusión**

No resulta fácil terminar cuando se habla con entusiasmo de la Universidad de Antioquia, esta Alma Máter, “madre nutricia” a la que servimos con orgullo.

Quizá una manera de concluir podría ser recordando las características de la cultura que define la Unesco para afirmar que, también por su vinculación con las artes, este es un espacio eminentemente cultural. Porque aquí desarrollamos la capacidad de reflexionar sobre nosotros mismos, en un proceso racional, crítico y éticamente comprometido, tomamos conciencia, discutimos acerca de lo que somos, comprendemos que cada uno de nosotros es un proyecto en desarrollo, siempre inacabado, y que, con nuestro aporte parcial, contribuimos a mantener viva esta gran obra de la Universidad de Antioquia, que nos trasciende y nos supera.

## **Referencias bibliográficas**

Aguirre Restrepo, Luz Análida. (2013). Rafael Sáenz: profesar la pintura. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Antioquia, Dirección General de Instrucción Pública. (1874). “Decreto Orgánico de la Escuela de Artes y Oficios del Estado Soberano de Antioquia”. Recuperado de: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/educacion/decreto-organico-de-la-escuela-de-artes-y-oficios-del-estado-soberano-de-antioquia>

Consejo Superior Universidad de Antioquia. (1994). Acuerdo Superior 1 del 5 de marzo, por el cual se expide el Estatuto General de la Universidad de Antioquia. Recuperado de:

[http://www.udea.edu.co/portal/page/portal/BibliotecaPortal/ElementosDiseno/Documentos/General/EstatutoGeneral07\\_12\\_2011.pdf](http://www.udea.edu.co/portal/page/portal/BibliotecaPortal/ElementosDiseno/Documentos/General/EstatutoGeneral07_12_2011.pdf)

(1997). Acuerdo Superior 124, por el cual se establece el Estatuto Básico de Extensión de la Universidad de Antioquia. Recuperado de: <http://secretariageneral.udea.edu.co/doc/ao12497.html>

Departamento de Extensión Cultural Universidad de Antioquia. (s. f.). “Presentación”. Recuperado de: <http://www.udea.edu.co/portal/page/portal/portal/a.InformacionInstitucional/h.UnidadesAdministrativas/f.VicerrectoriaExtension/ExtensionCultural>

Londoño Vélez, Santiago. (1995). Historia de la pintura y el grabado en Antioquia. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Mayor Mora, Alberto. (1996). “Los artesanos de Medellín en el siglo xix”. En: Jorge Orlando Mora (Ed.), Historia de Medellín. Tomo I. Medellín: Compañía Suramericana de Seguros.

Sierra, Luis Germán. (2013). “Obras de arte en la Universidad, amigables referentes de cultura para el país”. Alma Máter, 619, 26-27 [Véase también en <http://almamater.udea.edu.co/periodico/sc-arte619.htm>].

Tatarkiewicz, Wladyslaw. (1987). Historia de la estética. Vol. 1. La estética antigua, Madrid. Akal.  
Unesco. (1982). “Declaración de México sobre las políticas culturales”. Recuperado de: [http://portal.unesco.org/culture/es/files/35197/11919413801mexico\\_sp.pdf/mexico\\_sp.pdf](http://portal.unesco.org/culture/es/files/35197/11919413801mexico_sp.pdf/mexico_sp.pdf)

Universidad de Antioquia, Rectoría, Oficina de Planeación. (2006), “Plan de desarrollo institucional 2006-2016, ‘Una universidad investigadora, innovadora y humanista al servicio de las regiones y del país’”. Recuperado de <http://www.udea.edu.co/portal/page/portal/BibliotecaPortal/ElementosDiseno/Documentos/General/plandilo.pdf>

Uribe de H., María Teresa. (1998). “Los estudios generales, la departamentalización y los nuevos campos del saber”. En: María Teresa Uribe de Hincapié (Coord.), Universidad de Antioquia. Historia y presencia. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Vicerrectoría de Extensión, Red de Cultura Universidad de Antioquia, División de Extensión Cultural. (2007). “Plan de cultura 2006-2016. ‘La cultura: fundamento de una universidad pertinente’”. Recuperado de: [http://www.udea.edu.co/portal/page/portal/BibliotecaPortal/ElementosDiseno/Documentos/General/plan\\_cultura.pdf](http://www.udea.edu.co/portal/page/portal/BibliotecaPortal/ElementosDiseno/Documentos/General/plan_cultura.pdf)

Villegas Botero, Luis Javier. (1998). “La Universidad en el continuum educativo: Escuela de Artes y Oficios - Escuela Normal”. En: María Teresa Uribe de Hincapié (Coord.), Universidad de Antioquia. Historia y presencia. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Yepes Londoño, Mario. (1998). “De las bellas artes a la cultura como proyecto pedagógico”. En: María Teresa Uribe de Hincapié (Coord.), Universidad de Antioquia. Historia y presencia. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.



## **Carlos Arturo Fernández Uribe**

Doctor en Historia del Arte de la Universidad de Bolonia (Italia) y en Filosofía de la Universidad de Antioquia. Profesor de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia, donde se desempeñó como decano entre 1986 y 1990, en la actualidad es coordinador de posgrados, del Doctorado en Artes y de la Maestría en Historia del Arte y miembro del grupo de investigación en Teoría e Historia del Arte en Colombia. Autor, entre otros libros, de Concepto de arte e idea de progreso en la historia del arte y de Arte en Colombia 1981-2006, publicados por la Editorial Universidad de Antioquia; escribe sobre problemas epistemológicos de la historia del arte y sobre arte contemporáneo y colombiano.

